

Los CoNteM poRa nEoS

ARTE Y OCIO DEL PERIODISMO POLITICO

LO más apasionante de la lectura de la prensa es que puede uno seguir perfectamente la vida política nacional sin enterarse de nada. Es una importante contribución española a la civilización del ocio. De alguna

manera nos acercamos a las teorías del letrismo, a la escritura metagráfica, al «anticoncepto». Dentro del letrismo, Dehort hizo una película —«Aullidos en favor de Sade»— en la que se ofrecía una larga secuencia enteramente en negro, sin palabra ni sonido. Muchos años antes, Malevitch había expuesto un lienzo completamente en blanco. Los espectadores gozaban profundamente, creyendo que estaban viendo cine o pintura. Con respecto a la política y el periodismo, esa innovación no se había aplicado todavía. Hubo, ciertamente, algunos experimentos involuntarios. Hace muchísimos años, los periódicos dejaban en blanco —burlando, a última hora, las teas de plomo de la estereotipia— los párrafos de la censura; los hubo que llegaron a publicar páginas enteras en blanco, ante las cuales se extasiaban los no-lectores calibrando minuciosamente la vida nacional. Luego vino la teoría más sutil del «no-se-puede-decir-que-no-se-puede-decir» y esos blancos comenzaron a cubrirse de palabras. Vagas y simples, tiernas palabras que no dijeran nada. Eran los tiempos en que los lectores, ante las grandes sábanas impresas que eran entonces los periódicos, exclamaban: «¡No dice nada!». No se daban cuenta de que eso representaba un arte excelso. Fue naciendo un metalenguaje. Las cosas han ido cambiando, pero el estilo aún permanece. Estamos en lo que el obispo Iniesta ha llamado «secretismo». ¡La adorable fruición del secreto! Cuando alguno sale brevemente del redil, se asusta de sí mismo, como el fantasma ante el espejo. Un joven aprendiz de comentarista político y de novelista dice: «Ser escritor es ser una bestia, una fiera». Cosas de gozquejo.

En todo esto, la esotérica escritura de la vida política nacional lucha suavemente por hacerse esotérica y se queda en los alledaños. Por ejemplo: se trata de saber quién, qué ministro es el que escribe en «ABC» con el

seudónimo de «Politicón», como hace algún tiempo se buscaba cuál podría ser el que escribiese con el de «Diego Ramírez». La busca es inquietante. ¿Pertenece a «Politicón» a la familia de los ministros López? (López Rodó, López Bravo, López de Letona). ¿Pertenece a «Diego Ramírez» a la de los Fernández? ¿Fernández Miranda, Fernández de la Mora? ¿Son los Fernández los más ortodoxos, los López los más reformistas? ¿Qué son los que no disponen de estos apellidos clasificados? ¿Y quiénes, teniéndolo, no son ministros ni nada? ¿Podrá comenzarse a pensar que puede haber una asociación política de los Fernández, cuando las haya, y otra de los López? Claro que nada de esto tiene sentido; pero, ¿por qué habría de tenerlo? Tiene arte, tiene gracia. Literatura de ocio... «Palabras, palabras, palabras», decía Hamlet. Que era el príncipe de la Duda.

El lector, en todo esto, tiene una parte principalísima. El lector español tiene una larga escuela de enigmas. Es crucigramista. Y lo será mucho mejor cuando se prolongue por la tarde la jornada del funcionario público. Muchos son admirables en su capacidad de síntesis. Cuando alguien señala un texto de un par de páginas que aún no ha leído y pregunta por su contenido —¿Qué dice?—, el que ha leído contesta simplemente: «Dice que no». Es un ejemplo. Otras veces, responde: «Dice que quizá». Son prácticamente las dos únicas respuestas posibles, como en ciertos ordenadores electrónicos de sistema de notación binaria, que sólo responden con el 0 y el 1. Pero bien pulsados, bien interrogados, pueden dar todas las combinaciones del sistema decimal. Lo mismo pasaría aquí combinando todas las opciones del no y el quizá, de los supuestos Fernández o los supuestos López, de los ministros que escriben y de los ministros que hablan. Siempre, según la óptica del creador, artístico y ornamental periodismo político. Pero no merece la pena. Aquí no hay más que lo que hay; como dice el ajustado lenguaje popular, «no hay más cera que la que arde». Y, siguiendo con Shakespeare, «lo demás es silencio».

POZUELO

Alemania Federal

LAS NAVIDADES DE WILLY BRANDT

WILLY Brandt ha renunciado finalmente a trasladarse a Berlín Este, donde debía firmar el «tratado fundamental» entre ambas Alemanias. Brandt será sustituido por el secretario de Estado, Egon Bahr, que fue quien lo negoció.

Motivo de su decisión: los dirigentes comunistas de la RDA organizaron, hace unos meses, un sondeo de opinión (considerado como *top secret*), del que se desprende que el canciller era el hombre más popular de Alemania comunista.

El ochenta por ciento de los trabajadores interrogados en las grandes empresas no tuvieron reparo alguno en afirmar: «Willy Brandt es partidario de la paz y labora en pro de todos los alemanes, sin distinción». Además, se pronunciaron masivamente contra toda delimitación entre los dos Estados alemanes, lo cual se ajusta, sin embargo, a los deseos de los dirigentes de la RDA.

Consecuencia: en Berlín Este se desencadenó, con tal motivo, una gigantesca campaña contra el «social-democratismo», «una enfermedad —declaró un dirigente de la RDA— de la que es preciso curar por todos los medios a nuestro pueblo». Los dirigentes de la Alemania Oriental recordaron el entusiástico recibimiento de que había sido objeto Brandt cuando visitó por primera vez la RDA, en 1970. Millares de trabajadores, jóvenes en particular, que se habían reunido frente al hotel que Brandt ocupaba en Erfurt, gritaron enfervorizados: «Willy, ¡al balcón!».

Aquello no debía repetirse: se tomaron todas las medidas para que la siguiente visita de Willy Brandt a Berlín Este conservase

un carácter estrictamente diplomático. Se recomendó a la gente que permaneciese en sus casas, y sólo a los partidarios más fieles del régimen se les animó para que se colocasen a lo largo de las calles por las que debía pasar la comitiva.

Al mismo tiempo, y a fin de conjurar más eficazmente el «fantasma del social-democratismo» que se evoca en Berlín Este, se comunicó a numerosos ciudadanos de la República Democrática que debían abstenerse de recibir en sus casas a berlineses occidentales, los cuales tienen ahora la posibilidad de trasladarse a Berlín Este. Entre los ciudadanos que han recibido esa consigna de las autoridades figuran los soldados del Ejército Popular, los funcionarios de diversos Ministerios y los miembros permanentes del partido. Se ha recomendado igualmente a los ciudadanos de la RDA que hagan el menor uso posible del teléfono para comunicarse con sus parientes o sus amigos residentes en la Alemania Federal.

El motivo de estas restricciones lo ha formulado claramente el buró político del SED: «En un momento como este, en que se producen frecuentes encuentros entre gentes que profesan ideologías opuestas —se dice textualmente en una resolución adoptada por los dirigentes de la RDA—, es necesario observar la máxima vigilancia...».

Vigilancia patente en el hecho de que, hasta ahora, no se han publicado en Berlín Este los textos del «tratado interalemán», que prevén precisamente una serie de facilidades tendentes a fomentar los encuentros entre ciudadanos de una Alemania dividida.

Gran Bretaña

ASOMAN LOS LIBERALES

«*FELIZ* país aquel en que, en tiempos de confusión política y de resentimiento, no produce nada más siniestro que una resurrección liberal. Es como si un paciente que sospecha que tiene cáncer descubriese de repente que no tiene más que una urticaria». Así comenta el «Sunday Telegraph» (10 de diciembre) un curioso hecho apuntado en las últimas elecciones parciales de dos distritos: el auge de votos a favor del partido liberal. Fue en tiempos un gran partido, uno de los dos turnantes en el poder —el otro era el conservador— hasta la aparición del laborismo. Fue el partido de Gladstone, el de Lloyd George, el de Asquith... y se hundió. Su minoría en los Comunes apenas ha servido en algu-

nos momentos en que las dos grandes fuerzas han estado equilibradas para arbitrar entre ellas, sumando sus votos a una o a otra; es decir, teniendo una ilusión de poder. Hoy no tiene más que ocho diputados en la Cámara. Pero se mantiene, se conserva, esperando que alguna vez podrá recuperar su atractivo, que alguna vez los electores británicos se cansarán del juego entre conservadores y laboristas.

¿Ha llegado ese momento? Las tres últimas elecciones locales han dado extraños resultados. En la de Rochdale, tradicionalmente laborista, ha obtenido el escaño un liberal. En la de Sutton, otro liberal ha desplazado a un candidato conservador que parecía seguro. No ha sido así en la de Ux-